Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

Ciencia, ideología y marxismo ilustrado

Ariel Germán Petruccelli*

Lucía Caisso**

Introducción

A lo largo de las últimas cinco décadas, los análisis sobre el conocimiento científico desarrollados desde el posestructuralismo, el posmarxismo o las distintas variantes teóricas posmodernas han puesto el foco de atención en su imbricación con los intereses políticos e ideológicos. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, y más aún en las primeras décadas del siglo XXI, la capacidad epistémica del conocimiento científico para explicar el mundo y, más aún, para hacer de esa explicación la base de una transformación positiva de la vida sobre la tierra, ha sido puesta bajo sospecha cuando no rechazada de plano.

Lejos del ideal ilustrado que concibió al conocimiento como fuente potencial de mejora de la condición humana, la ciencia *moderna* ha sido caracterizada por muchas corrientes de la teoría social contemporánea como dispositivo o tecnología al servicio de un determinado "régimen de verdad"; como narrativa hegemónica funcional a los intereses de las grandes firmas empresariales; como la episteme que encarna el proyecto colonial de Occidente (y/o del norte global, patriarcal, burgués), invisibilizando a los modos "otros" de conocer, sentir y experimentar el mundo. Estas perspectivas acerca de la ciencia provienen de pensadores que pueden emparentarse tanto con Nietzsche como hundir sus raíces en la escuela de Frankfurt, pero que parten de un supuesto compartido: la Ilustración, ese ingenuo proyecto que engendró al monstruo de la ciencia moderna, ha muerto… o bien es un ideal fallido que, por lo tanto, no viene a cuento reivindicar.

Estas claves de análisis e interpretación de la práctica y el conocimiento científicos son, hoy en día, propias de un campo "progresista" identificado en general con la izquierda política. Su extensión, popularidad y aceptación al interior de dicho campo es tan grande que Susan Neiman debió recordar recientemente que, aunque marginales y casi invisibilizados, hay sectores e intelectuales de izquierda que no se identifican con la "cancelación" a los valores ilustrados. En su libro, provocadoramente titulado *Izquierda no es woke*, la filósofa estadounidense recuerda que los valores del universalismo, la razón, el progreso, la justicia, la ciencia y la verdad fueron patrimonio y premisas del pensamiento de izquierdas, tanto liberal como socialista. Y que la insistencia en el particularismo, el poder, la emocionalidad, el subjetivismo y el relativismo —que hoy son rasgos nodales de la izquierda posmoderna— se hallan en sus orígenes mucho más entrelazados con la reacción romántica y el conservadurismo que con las corrientes progresistas o revolucionarias de los siglos XIX y XX.[1]

Si Marx y la mayor parte del socialismo apreciaron a la ciencia y criticaron a la ideología, hoy las tornas parecen haberse invertido: la "izquierda", incluida su intelectualidad, se interesa fundamentalmente por las connotaciones y los posicionamientos ideológicos, mostrando rechazo, desconfianza o bien desinterés por el pensamiento científico, por la búsqueda de objetividad y por la rigurosidad en el tratamiento de datos e informaciones que nos permitan entender y explicar la realidad. El énfasis en la implicación ideológica ha fagocitado la dimensión teórica o explicativa. El conocimiento se torna indistinguible de la creencia. La tendencia a considerar simétricamente ideológicas a todas las prácticas o manifestaciones culturales (ciencia, mito, religión, magia, arte, deportes, etc.), que puede ser definida (siguiendo a Manuel sacristán) como "pan-ideologismo", se ha tornado un rasgo característico de la cultura contemporánea, en la que importa menos *lo que* se dice que *quién* lo dice,

* Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue. ORCID: https://orcid.org/0000-0003-2569-9180 Correo electrónico: arpetrus@gmail.com

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de Río Negro, Argentina. ORCID: https://orcid.org/0000-0001-5738-439X Correo electrónico: lucia.caisso@gmail.com

1 Susan Neiman, **Izquierda no es woke**, Madrid, Debate, 2024.

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

cómo y desde *dónde* o con que *fines* (reales o supuestos) lo hace.[2] Identidad, subjetivismo y emoción: esos parecen ser los pilares del entramado cultural hoy dominante, incluyendo el mundo académico, con especial peso en las ciencias sociales y en las humanidades.[3] Pero se trata elementos y valores mucho más próximos —sino totalmente inscriptos— en la tradición romántica y tan poco —sino nada— en sintonía con la sobria razón, la búsqueda de objetividad y la crítica a todos los dogmas (por muy reconfortantes que resultaran en términos identitarios) que propugnara la tradición ilustrada y la izquierda socialista (ya fuera revolucionaria o reformista).

Es en el marco de estos debates que nos interesa analizar la relación entre ciencia e ideología. Avanzaremos en dicha tarea intentado evitar a la vez todo estrecho cientificismo (patrimonio de parte de la tradición teórica marxista) como así también la tentación pan-ideológica (que reconocemos como un rasgo central de la teoría social contemporánea). Este será el recorrido elegido para abordar lo que en otros tiempos hubiera parecido una empresa innecesaria o redundante: la defensa de una perspectiva marxista que, sin caer en fetichismos cientificistas, reivindique sin ambages su filiación ilustrada.

Ciencia e ideología: relaciones y límites posibles

La definición de ciencia, y más aún la de ideología, está plagada de controversias. Sin embargo, todos los grandes epistemólogos, más allá de sus diferencias puntuales y de sus énfasis respectivos, acuerdan en que la ciencia es una forma de conocimiento basada en la combinación de observación intersubjetivamente contrastable, experimentación controlada, coherencia lógica y metodología rigurosa.[4] En el sentido más general, la ciencia no se diferencia tajantemente ni del sentido común ni de la filosofía. Constituye, en todo caso, el desarrollo más sistemático y autocrítico de algo más amplio que, para usar la expresión de Noam Chomsky, podemos llamar "indagación racional".[5]

En gran medida, "ciencia es el escepticismo organizado con finalidades cognitivas".[6] No hay en ella verdades absolutas sino hipótesis siempre revisables. Puede haber, por supuesto, científicos altamente dogmáticos, pero el juego de la ciencia, como empresa colectiva orientada al conocimiento, se funda en la crítica. Simétricamente, puede haber religiosos muy críticos, pero el sustento de la religión —en tanto que institución fundada habitualmente en una verdad revelada, orientada hacia lo trascendente y centrada en proporcionar orden, orientación moral y "sentido de la vida"— es la reafirmación de sus dogmas.

Aunque la ciencia parta del sentido común, el desarrollo de las teorías científicas ha avanzado tanto que, en algunos campos (sobre todo dentro de las ciencias formales), llegar a entender determinado abordaje científico de un problema (por ej., comprender cabalmente la teoría de la relatividad) puede demandar años de duro trabajo intelectual. Por lo demás, hay mucho margen de controversia epistemológica legítima sobre las características de la observación, de los experimentos y de los métodos empleados. Algunos científicos preferirán —o algunas áreas facilitarán— métodos inductivos o deductivos, cuantitativos o cualitativos, de macro o de micro nivel, entre otras variantes posibles. Pero se trata de discusiones o elecciones diferenciadas que poseen, sin embargo, un trasfondo común: el intento por aproximarse de la manera más fiable al conocimiento de la realidad.

Los debates en torno a qué es la ideología son, tal vez, más agudos y han dado lugar a posiciones bastante más diversas que las que se entretejen en torno a la noción de ciencia. Van desde quienes definen a la ideología de manera amplísima, como "proceso de producción de significados, signos y valores" (con lo cual la homologan a ciertas definiciones de cultura), hasta quienes reducen su significación de tal modo que la hacen equivaler a "ilusión socialmente necesaria" o "falsa conciencia", en tanto conjunto de ideas que legitiman al poder político dominante.

Desde una posición que busca evitar definiciones ni tan laxas ni tan restrictivas, Terry Eagleton llamó "ideológicas" a las

2 Manuel Sacristán, "*Sobre el uso de las nociones de Razón e irracionalismo en G. Lukács*" en Manuel Sacristán, **Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales**. Icaria, Barcelona, Tomo 1, 1983, pp. 85-114. En la tradición marxista, la llamada escuela de Frankfurt (sobre la que volveremos) tuvo numerosos deslizamientos en la senda pan-ideologista. El caso de Lukács, que Sacristán tomara como base de su crítica, es también un ejemplo claro de pan-ideologismo, aunque se trate de un caso paradójico y singular: un pensador fuertemente romántico que defendió a la ilustración; un filósofo con múltiples ribetes irracionalistas que fue un apologista de la razón; un revolucionario político con una perspectiva conservadora del arte; un marxista crítico que aceptó (cierto que con reparos) a la menos crítica de las variedades de marxismo (el estalinismo).

3 Para un sólido rastreo del auge de la "identidad" en las ciencias sociales desde los años sesenta, así como para una crítica de la llamada "política de la identidad", véase Eric Hobsbawm, "La izquierda y la política de la identidad", en New Left Review (edición en castellano), n° 0, 2000. Para una crítica general al identitarismo, el subjetivismo y el particularismo típicos de la cultura posmoderna, véase Terry Eagleton, **Las ilusiones del posmodernismo**, Buenos Aires/Barcelona/México, Paidós, 1996 y **Después de la teoría**, Barcelona, Debate, 2005; Ariel Petruccelli, "Crítica de la política y la (sin) razón posmodernas", en **Corsario Rojo**, n° 1, primavera austral, 2022. La centralidad que ha cobrado la cuestión emocional en ciencias sociales se verifica con el llamado "giro afectivo", que posee cada vez mayor preponderancia en las investigaciones sobre fenómenos sociales y culturales. En un plano más cotidiano como es el escolar, el peso del subjetivismo y la emocionalidad se ve bien reflejado con el desembarco de la "educación emocional". Esta se despliega tanto a partir de versiones más neoliberales (como el *coaching*) como en las más progresistas (que otorgan centralidad a la contención psicológica en la escuela y al trabajo con las emociones a través de la llamada Educación Sexual Integral).

4 Bertrand Russell, **El conocimiento humano**, Madrid, Taurus, 1977; Mario Bunge, **La investigación científica**, Barcelona, Ariel, 1976; Carl Hempel, **La explicación científica**, Buenos Aires, Paidós, 1979; Karl Popper, **Conjeturas y refutaciones: El desarrollo del pensamiento científico**, Barcelona, Paidós, 1991; W. H. Newton-Smith, **La racionalidad de la ciencia**, Buenos Aires, Paidós, 1987; Alan Chalmers, **¿Qué es esa cosa llamada ciencia?**, México, Siglo XXI, 1987.

5 Noam Chomsky, "Racionalidad/ciencia", en **Z Papers. Special Issue**, 1995. Disponible en https://chomsky.info/1995___02/

6 Robert K. Merton, "Science and Technology in a Democratic Order", en **Journal of Legal and Political Sociology**, Philosophical Library, Vol. 1, n° 1/2, 1942, pp. 115-126.

creencias que o bien *legitiman* o bien *condenan* el orden político y social en sus aspectos centrales.[7] Desde esta perspectiva, no toda producción de signos, símbolos o valores es ideológica (o lo es en el mismo grado), ni la ideología implica necesariamente "falsedad" (aunque pueda haberla). De hecho, el carácter ideológico de una afirmación depende menos de lo afirmado que del contexto. Como expusiera Eagleton, "la ideología es menos cuestión de propiedades lingüísticas inherentes de una declaración que de quién está diciendo algo a quién y con qué fines".[8] Él mismo ilustra su propuesta con un sencillo ejemplo: "una discusión entre marido y mujer a la hora del desayuno sobre quién dejó que la tostada se quemara no tiene por qué ser ideológica; se convierte en tal cuando, por ejemplo, empieza a tocar cuestiones de poder sexual, creencias sobre los roles de género y demás".[9]

La virtud de la definición de Eagleton es que, si bien vincula ideología con poder, lo hace no en función de una definición extremadamente laxa de poder, como la que podríamos encontrar en la obra de Foucault (en la que todo, todo el tiempo, es producto de una relación de poder). No resulta ésta una cuestión menor, dado que si un concepto se extiende demasiado al punto de terminar abarcando a todo, no permite por consiguiente entender o explicar nada: si todo es poder, si todo es ideológico, si todo es político…entonces estas categorías pierden toda fuerza y se convierten en trivialidades.

Habiendo ya delimitado qué entendemos por ciencia y por ideología, se vuelve ahora necesario recordar que la frontera entre una y otra no es en modo alguno estable. Lo mejor fundado del conocimiento científico puede tener implicaciones ideológicas, e incluso los más dogmáticos de los sistemas ideológicos incluyen al menos algo de conocimiento científico o proto-científico. La ideología puede apelar a ciertos hechos y tener cierta coherencia, pero su objetivo no es proporcionar conocimiento probado sino producir efectos sociales y políticos. Algunas de las ideologías más exitosas han podido sostener las afirmaciones más contradictorias: ello les ha permitido dirigirse a interlocutores muy diversos. Que un católico pueda ser partidario tanto de "cristo obrero" como de "cristo rey" tiende a facilitar la expansión del catolicismo, antes que a limitarla.[10] Pero, aunque la ideología puede ser religiosa, también puede no serlo: el socialismo y el liberalismo son ejemplos de ideologías no religiosas.

Si bien la ideología se halla estrechamente relacionada con la filosofía, la una no es reductible a la otra, dado que buena parte del filosofar atañe a cuestiones sólo muy indirectamente relacionadas con el orden político y social; e incluso un filosofar concentrado en esto, pero realizado desde una perspectiva más examinadora que prescriptiva, posee un contenido ideológico bajo. Simétricamente, algunas ideologías pueden orientarse más hacia la ciencia que hacia la parte más especulativa de la filosofía: la metafísica. En el límite, puede haber perspectivas ideológicas que se piensan a sí mismas como "puramente científicas". El tiempo de gloria de las "filosofías sistemáticas" y de la metafísica parece haber pasado. Pero como ambas responden a necesidades muy humanas (la necesidad de una visión global de la realidad y la necesidad de dotar de sentido a la existencia), nunca se las puede dar por desaparecidas y no se puede descartar eventuales resurgimientos (lo mismo cabe decir de la religión).

Es cierto que la ciencia puede contener algo de metafísica como supuestos implícitos o en lugares marginales: pero en lo esencial, la labor científica va desbrozando el terreno de ideas metafísicas. Por supuesto, la diferencia entre tesis metafísicas incontrastables e hipótesis científicas no es absoluta. Los textos más metafísicos suelen incluir hechos contrastables; pero no es ése su punto fuerte. Toda disciplina científica parte de supuestos no fundamentados por ella misma, pero no es esto lo fundamental. En el caso de las teorías, y a diferencia de las afirmaciones factuales, la contrastación (ya sea verificación o falsación, en sentido fuerte o débil) suele ser indirecta. En síntesis: los científicos también especulan y los metafísicos no dejan de conocer hechos comprobables. La diferencia, nuevamente, es de grado, pero no es menor.

La actitud científica se sustenta en la búsqueda de claridad y precisión conceptual; una perspectiva inmanentista en la que todo (lo ideal y lo material, la realidad y su conocimiento, la naturaleza y la sociedad, etc.) pertenece al mismo mundo; una extensa y rigurosa indagación empírica que incluye observación, experimentación y contrastación; una gran consistencia lógica y elaboradas construcciones teóricas; algún grado de matematización cuando es posible y significativo (ha habido abuso de matematización en algunas disciplinas); y una especulación controlada y limitada. La actitud científica es irrenunciablemente crítica, pero no identifica crítica con denuncia ideológica. Crítica es revisión permanente de las hipótesis y de las creencias, para calibrar cuán fundadas o poco fundadas resultan. Crítica es en buena medida perseguir la *objetividad*, que no debe ser confundida —como nos recuerda Pereyra— con la *neutralidad*:[11] se puede tomar partido —por una causa, por un proyecto político, al punto de volverse militante del mismo— sin por eso dejar de intentar ser, en nuestro trabajo científico, analistas que persigan la obje-

7 Terry Eagleton, **Ideology. An Introduction**, Londres, Verso, 1991. Para una amplia panorámica de las posiciones en torno a la ideología puede consultarse: Slavoj Zizek (comp.), **Ideología: un mapa de la cuestión**, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. El viejo clásico latinoamericano *Ideología y ciencias sociales*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1979 y en el que se incluyen trabajos de Mario Bunge, Arnaldo Córdoba, Agustín Cueva, Corina de Yturbe, Liliana de Riz, Luis Villoro, René Zavaleta, Juan Geneyro, Marcos Kaplan, Mario Otero, Carlos Pereyra, Adolfo Sánchez Vázquez y Roberto Vernengo, sigue siendo una obra de valor incalculable a pesar del paso del tiempo.

8 *Ibídem*, p. 29, la traducción es nuestra.

9 *Ibídem*, p. 8, la traducción es nuestra.

10 Pero todo tiene su precio. Por lo general, cuanta mayor amplitud permita un marco doctrinal, más se podrá expandir social o geográficamente; pero tendrá menor capacidad de determinación de la conducta efectiva de los individuos. A la inversa, cuanto más estricto y restringido sea un sistema de creencias, más determinará la conducta de sus partidarios; pero tendrá menor capacidad de expansión cuantitativa.

11 Carlos Pereyra, **El sujeto de la historia**, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

tividad. En tanto persigue la objetividad (no así la neutralidad), la actitud científica debiera ser bastante antimetafísica y antiideológica: es decir, rehuir de todo aquello que esté más allá de alguna forma de observación o contrastación intersubjetivamente comprobable. La objetividad también mantiene a raya a las preferencias políticas. Como escribiera Eric Hobsbawm en relación a uno de los campos más controvertidos del conocimiento científico —la historia—: "para todo el que participe en el discurso científico, las afirmaciones deben ser sometidas a validación por medio de métodos y criterios que, en principio, no están sujetos a partidismo, sean cuales sean sus consecuencias ideológicas y sus motivaciones".[12]

Por el contrario, la actitud metafísica desconfía de la precisión (y por ello de la matematización); le encantan los juegos de palabras, las formulaciones oscuras o ambiguas y las "profundidades" inasibles; su perspectiva es apriorística y trascendente, antes que empírica e inmanente (lo trascendente puede ser Dios, pero también una Razón que no es mero "entendimiento" o el *nóumeno* irreductible al *fenómeno*); lo empírico puede no ser ignorado, pero nunca ocupa un lugar central; la lógica no siempre es positivamente valorada, pero incluso cuando no se la desprecia, su operatividad es limitada si no se dispone de definiciones precisas; la especulación es mucho más importante que la contrastación. Con todo, se trata de dos polos que rara vez muestran ejemplares puros. Una actitud fundamentalmente metafísica puede dar cabida a atisbos de cientificidad. Una actitud científica en lo central puede contener hilos de especulación metafísica.[13] En la práctica, por lo demás, los reclamos de cientificidad pueden ocultar un sustrato metafísico exorbitante y castrador (es lo propio del cientificismo como confianza excesiva en lo que la ciencia puede aportar a la vida social).

Tampoco es nítida la diferencia entre ideología y política, sin que ello signifique que dicha diferencia no exista en absoluto. La ideología tiene sobre todo implicaciones políticas, pero no siempre ocupa el lugar central de la política como práctica.[14] Después de todo, el pragmatismo es un componente importante: una fuerza política puede adoptar decisiones no tanto porque las mismas reflejan cabalmente sus principios ideológicos, sino porque entiende que es lo mejor que puede hacer bajo determinadas circunstancias. Se puede decir en un sentido muy general que Lenin y Adorno fueron ideólogos, filósofos y políticos. Pero es obvio que no lo fueron en el mismo grado: Lenin fue un político de primer nivel que dedicó a la lucha y la organización política el grueso de sus esfuerzos. Estos esfuerzos se hallaban influenciados por el marco ideológico al que adhería, pero su accionar e incluso sus escritos apuntaban a cuestiones prácticas (¿qué hacer?), más que a elucubraciones abstractas. Ocasionalmente escribió textos filosóficos, pero lo hizo de manera eventual y claramente subordinando sus argumentos a lo que creía eran necesidades políticas. Él mismo era consciente, y así lo dijo, que en materia de filosofía era simplemente un "marxista de filas". Adorno, por el contrario, fue un filósofo profesional de primer nivel, y sus escritos poseen una fuerte orientación ideológica. Aunque tenía posiciones políticas explícitas, nunca fue un dirigente y rara vez se preocupó por cuestiones prácticas. En síntesis, el grado en que se puede decir de uno y de otro que fueron figuras políticas, filosóficas o ideológicas no es el mismo.[15]

Hasta cierto punto, la diferencia entre ciencia e ideología se relaciona con la diferencia entre hechos y valores. Pero "diferencia" no es dicotomía: el límite entre hechos y valores no es total, existiendo una amplia zona gris. Con todo, existe cuando menos una diferencia pragmática *grosso modo* entre hechos y valores, por mucho que la percepción de los hechos suponga ciertos valores implícitos, y por mucho que la defensa de determinados valores pueda apelar parcialmente a ciertos hechos. Sin negar la presencia de valores, la ciencia se funda ante todo en los hechos y las teorías que los explican[16]. Esos hechos pueden ser hechos valorativos —como las creencias de las personas— pero la ciencia los estudia de modo empírico: más preocupada por establecer qué cree quién, por qué cree lo que cree y qué consecuencias se puede observar que producen esas creencias, que por dictaminar si una creencia debe ser defendida o condenada por razones éticas o políticas.

Sin desconocer por completo el dominio de los hechos, la ideología se centra en la afirmación o la condena de valores, principios, instituciones y/o prácticas. La ciencia se hace fuerte a partir de las teorías, quedando idealmente los elementos retóricos relegados a un segundo plano (aunque en la historia científica real los juegos retóricos no han sido insignificantes). En la ideología, por el contrario, los componentes retóricos pasan a un primer plano. El objetivo no es fundamentalmente explicar ni tampoco predecir, sino producir efectos sociales y políticos. En la ideología se trata menos de conocer algo con rigor, cuánto de persuadir: la *verdad* importa menos que la *verosimilitud*.

12 Eric Hobsbawm, "Partidismo", en Eric Hobsbawm, **Sobre la historia**, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 136-137. Por supuesto, puede haber y ha habido mucha controversia sobre la validez metodológica, por ejemplo, de la inducción o la deducción. Pero no son controversias que se deban a preferencias políticas o ideológicas.

13 Como alguna vez expusiera Manuel Sacristán, Leibniz y Marx son exponentes de algo mucho menos frecuente: grandes científicos que elaboraron además su propia metafísica.

14 Como recordará Paul Ricoeur, para el joven Marx la "ideología" no se opone a la "ciencia" sino a la "praxis". Sólo posteriormente "ideología" se asociará a falsa conciencia y se opondrá a la ciencia. Ver Paul Ricoeur, **Ideología y utopía**, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 49. Para una discusión sobre la pertinencia, o falta de pertinencia, de la idea de falsa conciencia véase Ariel Petruccelli, **El marxismo en la encrucijada**, Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 285-286.

15 Algunos textos de Lenin —como su estudio del desarrollo del capitalismo en Rusia— tienen un fuerte contenido científico (que él usa como sustento de sus orientaciones políticas).

16 La ciencia no es ajena a los valores. Querer hacer ciencia implica ya alguna forma de valoración y toda práctica científica supone evaluaciones (por ejemplo, la evaluación de la adecuación empírica de una descripción o la consistencia de una teoría). Con todo, no habría que confundir las evaluaciones eminentemente epistémicas con las evaluaciones políticas, ideológicas, etc. que influyen en mayor o menor medida en toda práctica científica realmente existente. Sobre la dimensión valorativa de la ciencia, ver Ricardo J. Gómez, **La dimensión valorativa de las ciencias. Hacia una filosofía política**, Quilmes, UNQ Ediciones, 2014.

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

Pueden existir discursos puramente ideológicos sin casi ningún componente científico, aunque hoy en día son raros. De la misma manera, aunque hay discursos científicos muy técnicos en los que sería virtualmente imposible hallar atisbos ideológicos, ello no implica que incluso del más técnico de los textos científicos no se pueda hacer un uso ideológico (como cuando se apela a la teoría de la relatividad de Einstein o al teorema de la incompletitud de Gödel para justificar determinadas concepciones filosóficas e incluso políticas). Y, desde luego, en los textos y en la práctica científica hay mucho de ideología y mucho de política. Pero ello no impide que su núcleo sea eminentemente cognitivo: una mezcla de contrastación empírica y consistencia lógica. En definitiva, aunque sus fronteras no siempre sean nítidas, existe algo que puede ser llamado *conocimiento científico* y que puede ser, a su vez, distinguido de la *ideología* (y viceversa).

La objetividad científica es un *horizonte regulativo*, un *anhelo intelectual* acaso nunca plenamente consumable, pero que permite mantener a raya las fáciles trampas y los seductores engaños de la subjetividad, y no porque ésta sea mala en sí misma, sino porque nos conduce a otros fines (la sensibilidad, la expresión artística, la vida espiritual y emocional) distintos a aquellos que persigue la ciencia. Ésta procura poder comprender a la realidad y a los otros a la luz de datos contrastables, más allá de las verdades recibidas o de nuestras impresiones, nuestras emociones, sentimientos y sensaciones más inmediatas. De eso se trataba la maduración intelectual que reclamaba Kant cuando sintetizó la tarea del proyecto Ilustrado como la superación de la "minoría de edad culpable" por medio de las facultades de la razón.

Por un marxismo ilustrado

La Ilustración fue, ante todo, una corriente intelectual basada en el universalismo, la razón crítica y la creencia en el progreso de la humanidad a través del conocimiento. En tanto tal, combatió primordialmente al oscurantismo religioso, defendiendo a la razón en contra de la Fe; a la igualdad en contra de las jerarquías sociales; a la libertad en lugar de la obediencia. Con todo, la naturaleza política del proyecto ilustrado fue dual: en tanto colisionaba abiertamente con el orden feudal podía ser útil para las fuerzas capitalistas, pero contenía también todos los elementos para criticar a la sociedad burguesa. Por otro lado, y como ocurre con todos los elementos que se emplean con fines ideológicos (y cualquier elemento puede ser usado con estas finalidades), las banderas de la ilustración podían ser articuladas de maneras diversas: la igualdad reducirse a igualdad ante la ley; la razón a razón instrumental; la libertad a libertad de mercado. Pero también podía entenderse a la igualdad como abolición de las clases sociales e igual acceso a los medios de producción; la libertad como el goce de amplias libertades sustantivas y de una gran disponibilidad de "tiempo libre"; la razón como razón a la vez valorativa e instrumental.

Como nos recuerda Meiksins Wood —en un texto tan necesario como poco conocido— capitalismo e Ilustración no fueron una y la misma cosa[17]. Sin embargo, el capitalismo se apropió de algunos de los elementos ideológicos provenientes de la ilustración —como la valoración de la ciencia y de la técnica— logrando confundir dos procesos que poseen orígenes históricos diferenciados. Por ese motivo, la autora recupera el ideario de figuras como Condorcet para evidenciar que las nociones de progreso, racionalismo y universalismo que defendía una parte importante de las figuras ilustradas se hallaban directamente relacionadas con la búsqueda de *igualdad* dentro y entre las *naciones*, entre las *razas* y los *sexos*.

La indistinción entre capitalismo (como sistema económico) e Ilustración (como corriente intelectual) es típica de las tendencias teóricas decoloniales, poscoloniales y posmodernas en general, las cuales homologan a la ciencia moderna y a la Ilustración con los intereses del sistema capitalista. Así se invisibiliza que la Ilustración sentó la bases para que se desarrollaran en los siglos subsiguientes algunas de las corrientes de pensamiento más críticas al sistema capitalista.[18] Este fue el sendero seguido en general por la tradición socialista —empezando por Marx— que se fundamentó en la razón y en el espíritu científico y se reconoció a sí misma como ilustrada. El título de una de las más conocidas obras de Engels, escrita en 1878 en colaboración con Marx ("Del socialismo utópico al socialismo científico") es un recordatorio de dicha valoración.

Desde luego, al interior del campo teórico marxista, la valoración de la razón y del conocimiento científico dio lugar a excesos cientificistas —bien representados por Althusser (1967) o Althusser y Balibar (2004), e incluso presentes en el mencionado texto de Engels y Marx de 1878– en los que se trazaba una línea demasiado tajante entre ciencia e ideología y se pretendía, además, reducir el marxismo a una pura ciencia a la que se atribuían capacidades de intervención y de predicción muy poco cautelosas en términos epistemológicos.[19] Sin embargo, la existencia de esta clase de posiciones no debería conducirnos a arrojar al niño junto al agua sucia: es decir, a la ciencia moderna junto con el cientificismo. Porque el desarrollo de estos posicionamientos no impidió que se desarrollaran, al mismo tiempo, otras aproximaciones marxistas más cautelosas —como, por ejemplo, Pereyra (1984), Hobsbawm (1998), Petruccelli (2016) o Sacristán (2021)— que han criticado las interpretaciones ingenuas del conocimiento científico, reconociendo los sesgos ideológicos y usos sociales que el mismo puede poseer (aunque no siempre ni

17 Ellen Meiksins Wood, "Capitalism or enlightenment?", en **History of Political Thought**, Vol. 21, n° 3, 2000, pp. 405-426.

18 Vladimir Safatle, "O grande FMI universitario. Como o colonialismo domina os estudos decoloniais", en Revista Piauí, n° 232, 2026. Disponible en https://piaui.uol.com.br/web/estudos-decoloniais-safatle/

19 Louis Althusser, **La revolución teórica de Marx**, México, Siglo XXI, 1967; Louis Althusser y Étienne Balibar, **Para leer el Capital**, México, Siglo XXI, 2004.

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

de la misma manera) pero sin renegar por ello de su potencial epistémico.[20] Sin olvidar que la ciencia es el instrumento más eficaz que poseemos para explicar el mundo que nos rodea y que el desarrollo del pensamiento científico y de la razón serán necesarios —aunque no garantía ni único elemento determinante— en los procesos de emancipación humana.

Nos animamos a sostener que estos autores —entre otros— forman parte de lo que podríamos llamar *marxismo ilustrado*, en tanto reivindican explícitamente el espíritu científico del marxismo diferenciándose, por esa vía, de otras variantes marxistas como, por ejemplo, las formulaciones provenientes de la escuela de Frankfurt, de Lukács o de diferentes formas de hegelo-marxismo. Aunque sería reduccionista plantear que éstas dieron pie al desarrollo de las tendencias teóricas posmodernas (cuya sospecha de la razón, del conocimiento científico o del universalismo procede de causas que exceden a los movimientos intelectuales y se articulan con procesos de índole material y simbólica mucho más profundos) sí es cierto que abrieron puertas lo suficientemente generosas que intelectuales menos cautelosos y refinados no dudaron en traspasar.

Detengámonos a propósito de esta cuestión en **Dialéctica de la Ilustración**, la conocida obra de Horkheimer y Adorno.[21] Por su peso y su influencia señala, para nosotros, un ejemplo paradigmático de la transmutación del "marxismo", que pasó de ser sustancialmente una teoría inscripta en la tradición ilustrada y apegada al espíritu científico, a una "teoría crítica" preocupada por la develación de los intereses ideológicos que subyacen a todo discurso (y, fundamentalmente, al discurso científico-técnico). En esta obra Horkheimer y Adorno parten de reconocer a la Ilustración como movimiento intelectual orientado a poner fin a la oscuridad de la superstición, la ingenuidad de la mitología, las presiones de la autoridad y el peso de la tradición, pero, al mismo tiempo, buscan explorar sus límites y contradicciones, las cuales pueden sintetizarse en la idea de que la ilustración dio lugar a una razón instrumental surgida con el propósito de dominar la naturaleza.

Sin embargo, su crítica se estructuró sobre tres pilares carcomidos. El primero fue un enfoque *idealista* que, además de conceder excesiva importancia a las ideas, tendía a desgajarlas de los contextos sociales, convirtiendo a la razón en una suerte de motor autónomo no condicionado. Así, el mundo moderno tiende a ser visto como fruto de la filosofía, antes que como resultado del capitalismo. Implícitamente, la Ilustración tendía a ser considerada como un movimiento total capaz de configurar el mundo bajo sus premisas, en vez de ser concebida, mucho más sensatamente, como una corriente intelectual que debía lidiar con otras corrientes de pensamiento y operar sobre unas bases económicas, políticas y sociales que en modo alguno se habían configurado siguiendo sus supuestos, sino más bien todo lo contrario, y a las que sólo parcial, contradictoria y precariamente podría ir modificando, si es que podía (al igual que sólo parcial y trabajosamente la razón podía domeñar a los impulsos inconscientes y emocionales). El segundo pilar no del todo sólido fue un desplazamiento tendencial hacia las inmensidades de la *especulación filosófica,* en desmedro de las acotadas pero más seguras tareas empíricas de la ciencia. El tercero fue la *ontologización* de la crítica a la Ilustración: los problemas y los límites de la razón no serían históricos (y en tanto tales superables) sino ontológicos, y por ende insuperables. Como dijera Horkheimer en una conferencia de 1944: "La enfermedad de la razón radica en su propio origen, en el afán del hombre de dominar la naturaleza".[22] Como es evidente, esta afirmación es completamente imprecisa y arbitraria, y es en ese sentido que decimos que ontologiza a la razón, homologando a la misma con "racionalidad instrumental" (a la vez difícilmente indistinguible de la racionalidad capitalista) y extendiendo sus particularidades a todo momento y lugar. El desarrollo de la inteligencia —la razón— es indudablemente una adaptación biológica de nuestra especie para su supervivencia. Pero esta adaptación: ¿Es dominio de la naturaleza? ¿Qué significa dominio? ¿Y qué significa naturaleza? ¿Incluye al universo o simplemente a nuestro diminuto e insignificante planeta?

Sobre estos tres pilares corroídos, la Ilustración sólo podía desmoronarse. La ciencia, fruto dilecto de la razón, devenía fuente primera de los males. ¿Cómo no arrojarse entonces en los brazos del irracionalismo? Adorno y Horkheimer se negaron a dar ese paso (aunque el primero se aproximó bastante). No quisieron renunciar al impulso emancipatorio de la Ilustración, el cual cifraba la libertad en la razón y el conocimiento. Pero las premisas de las que partían socavaban el suelo ilustrado que pretendían mantener. Sus autores, de hecho, tuvieron serias reservas sobre el escrito y fueron reacios a su difusión masiva. La empresa de Horkheimer y Adorno destruía lo que quería salvar (la razón) y tendía puentes intelectuales a un relativismo virtualmente ilimitado, a un escepticismo poco temperado, a la emocionalidad, al misticismo.[23]

20 Eric Hobsbawm, "Partidismo", en Eric Hobsbawm, **Sobre la historia**, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 133-147; Carlos Pereyra, **El sujeto de la historia**, Madrid, Alianza Editorial, 1984; Ariel Petrucceli, **Ciencia y utopía en Marx y en la tradición marxista**, Buenos Aires, Herramienta Ediciones, 2016; Manuel Sacristán, "Reflexión sobre una política socialista de la ciencia", en Ariel Petrucceli y Salvador López Arnal, **Antología (esencial) de Manuel Sacristán Luzón**, Buenos Aires, Marat, 2021.

21 Max Horkheimer y Theodor Adorno, **Dialéctica de la Ilustración**, Madrid, Ediciones Akal, 2007.

22 Max Horkheimer, **Crítica de la razón instrumental**, Buenos Aires, Editorial Sur, 1973, p. 184.

23 Cuando en una carta a Marcuse redactada en 1962 Adorno manifestaba que él compartía el temor de Horkheimer a que se hiciera una lectura no dialéctica del libro, lo que hay que leer es que ambos temían que se hiciera una lectura lógica del mismo. En éste, como en tantos otros casos, la apelación a la dialéctica es un intento de escabullir las conclusiones que se derivan de los análisis presentados. Si estos análisis son correctos, entonces Marcuse, los estudiantes radicales de los años sesenta y las corrientes posmodernas de las décadas posteriores fueron más consecuentes que Adorno y Horkheimer. Sin embargo, parece más atinado considerar que los análisis de **Dialéctica de la Ilustración** eran esencialmente errados, y que este devenir intelectual fue un gran yerro que, con su hiper-filosofización y su escasa sensibilidad científica, quitó filo político a las fuerzas anti-sistémicas a la vez que bloqueó o desorientó su capacidad para comprender el mundo y su devenir. Otto Neurath dio en el clavo cuando en su respuesta a Horkheimer escribió: "Horkheimer, por otra parte, parece exigir que se estudie la 'dialéctica'; sería útil saber qué libro de texto enseña la 'dialéctica' que defiende (el término es muy ambiguo), tal

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

La defensa de la Ilustración necesita pararse sobre otras bases: un enfoque materialista que relativice el peso de las ideas y las coloque apropiadamente en sus contextos sociales e históricos sin reducirlas al mismo (la distinción que hiciera Meiksins Wood entre Ilustración y capitalismo es ilustrativa de esto mismo);[24] que potencie el costado empírico y científico, en lugar del especulativo, de la razón (como propusiera el empirismo lógico en los mismos años en que la escuela de Frankfurt dirigía las naves hacia una refilosofización); que cuestione que la relación entre razón y dominación sea ontológica (de ser así, la razón siempre conducirá a la dominación).

El precio intelectual que la cultura de izquierdas ha pagado por su orientación anti- ilustrada (de las que el posmodernismo constituye su pináculo) no podría ser exagerado. Hay que desandar el camino y regresar con firmeza a un marxismo ilustrado, a una actividad intelectual más rigurosa en términos empíricos y lógicos; menos ideológica. O, mejor dicho, un quehacer intelectual que defienda y critique en términos ideológicos, pero sin confundir o mezclar de manera constante ciencia e ideología, sino precisamente aprendiendo a distinguirlas y a saber apelar a cada una de ellas según sus fortalezas diferenciadas. Para esto es útil recordar que Marx, aunque criticó los discursos ideológicos, distinguió muy bien a la actividad científicamente honesta de la apología pseudocientífica de los que él llamó "economistas vulgares". Por ello, para Marx la objetividad y el "conocimiento desinteresado" (esto es, interesado sólo en el conocer) eran objetivos legítimos y deseables, por mucho que nunca pudieran alcanzarse de manera absoluta.

Para nosotros, al igual que para él, no habría que confundir el trabajo científico honesto y bien realizado (por mucho que pueda ser errado) de la apología política o ideológica que se disfraza de científica. En un pasaje que rara vez se recuerda y que fuera rescatado del olvido por Manuel Sacristán, el autor de *El capital* escribió: "a un hombre que intenta *acomodar* la ciencia a un punto de vista que no provenga de ella misma (por errada que pueda estar la ciencia), sino de fuera, un punto de vista ajeno a ella, tomado de intereses ajenos a ella, a ese hombre le llamo canalla (*gemein*)".[25]

También podemos encontrar una distinción similar realizada por Marx entre conocimiento e ideología a propósito de ciertos debates educativos que se dieron en el seno de la Primera Internacional. Allí, buscando discutir con quienes abogaban por que la enseñanza escolar abordara el problema del "valor del trabajo", Marx sostuvo:

> La propuesta de [enseñar teorías sobre el valor del trabajo] no es adecuada para ser introducida en el ámbito escolar; se trata de *un tipo de educación que los jóvenes deben recibir de los adultos en la lucha cotidiana de la vida* (…) No se puede introducir en la escuela primaria ni en la secundaria *nada que dé lugar a interpretaciones partidistas o de clase*. Solo materias como las ciencias físicas, la gramática, etc., son adecuadas para la escuela. Las reglas gramaticales, por ejemplo, no pueden variar, ya sea que las explique un conservador religioso o un librepensador. Las materias que dan lugar a conclusiones diferentes deben excluirse [del ámbito escolar] y dejarse en manos de los adultos [no de los maestros].[26]

No resulta sencillo —tampoco en el ámbito educativo— desbrozar de manera tajante conocimientos científicos de perspectivas ideológicas, pero tampoco consiste en un ejercicio que no pueda siquiera esbozarse, ni una distinción que no merezca la pena ser reconocida. Más aún cuando las políticas de escolarización popular —por su carácter masivo— atienden a poblaciones con preferencias ideológicas, políticas y religiosas heterogéneas e, inclusive, contradictorias. En ese sentido, una educación que centre sus mayores esfuerzos pedagógicos en el núcleo científico del conocimiento, a la vez que cultive una escucha plural y respetuosa de los distintos posicionamientos ideológicos, se encuentra más próxima del legado ilustrado y de la perspectiva de Marx que una que conciba a la escolaridad pública como un mero campo de batallas ideológicas. Para los marxistas —o, al menos, para la versión del marxismo que aquí defendemos— estas últimas serán fundamentalmente libradas en las organizaciones políticas y culturales dedicadas a difundir nuestra ideología y luchar por nuestros programas políticos.

La distinción de las particularidades que poseen ideología y conocimiento científico (incluyendo sus fortalezas y debilidades diferenciadas) se evidencia como necesidad urgente también en el ámbito de las luchas políticas. Podemos poner como ejemplo algunos abordajes hoy abundantes sobre cuestiones relacionadas con los acuciantes problemas ambientales. Advertimos cierta tendencia contemporánea a reivindicar como fuente de verdad incuestionable los testimonios y/o los saberes legos o comunitarios de los sujetos afectados por actividades productivas/extractivas contaminantes. Estos saberes legos, así como las experiencias cotidianas en las que se fundan, son sin duda importantes y merecedores de la mayor atención y el máximo respeto: nos hablan del sufrimiento al que se hallan expuestas las personas en el marco del sistema capitalista, evidencian sus esfuerzos organizativos y dan cuenta de la agencia humana, materializada por ejemplo en la confección de censos o estadísticas "caseros" de personas enfermas o muertas presumiblemente por la exposición a sustancias contaminantes. Se trata del acopio de información y de la búsqueda de explicación (así como de soluciones) que tiene lugar, por lo general, no sólo en un marco de invisibilización política y

como puede aprehenderse la lógica a partir del conocido compendio de lógica (1929) de Carnap" (Otto Neurath, "Ciencia unificada y empirismo lógico: una réplica [a Max Horkheimer] (1937)", en **Encrucijadas**, Vol. 20, 2020, p. 7). Para un análisis reciente del pensamiento dialéctico desde una perspectiva no mistificada, véase: Juan Dal Maso, **Marxismo y dialéctica. Apuntes y reflexiones**, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2026.

24 *Op. cit*. Ellen Meiksins Wood.

25 Manuel Sacristán, "Karl Marx como sociólogo de la ciencia", en Albert Domingo Curto (ed.), **Manuel Sacristán. Lecturas de filosofía moderna y contemporánea**, Madrid, Trotta, 2007, p. 219. La cita, traducción del propio Sacristán, difiere ligeramente de la realizada por Wenceslao Roces en **Karl Marx, Teorías sobre la plusvalía**, **Vol. II**, México, FCE, 1959, p. 101, que reza: "para mí, quien no cultiva la ciencia por la ciencia misma (por muy erróneamente que pueda hacerlo), sino por motivos *exteriores a ella* y tratando de acomodarla a intereses que le son *extraños* y que nada tienen que ver con ella, merece el calificativo de vil".

26 Karl Marx y Friedrich Engels, **Collected Works 1975-2005**, **Vol. 21**, Londres, Lawrence & Wishart, pp. 399-400. El énfasis es nuestro.

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

social de los problemas derivados de las actividades productivas/extractivas, sino también como respuesta a la ausencia de estadísticas e informes oficiales realizados desde los organismos gubernamentales (tanto por la desidia o la ignorancia como por la connivencia de los gobiernos con las empresas cuyas actividades son cuestionadas). Pero, dicho esto, nos parece evidente que las informaciones producidas de esta manera, así como los saberes o testimonios de quienes son víctimas de la contaminación, no reemplazan la sistematicidad, la generalidad y la solidez que poseen —o que deberían poseer— las investigaciones científicas que demuestran los hechos que están siendo denunciados (salvo en los casos, que los hay, en los que los propios activistas hayan desarrollado capacidades propiamente científicas de investigación). Las investigaciones científicas, bien realizadas, son necesarias inclusive como apoyo y sustento de las luchas políticas e ideológicas que buscamos dar. Y no señalamos estas cuestiones porque no existan estudios que, efectivamente, provean evidencias científicas de la contaminación y de cómo la misma afecta la vida natural y social: esos estudios existen. Lo apuntamos, más bien, porque advertimos en muchos ámbitos militantes y académicos una creciente influencia de las perspectivas filosóficas que abogan más por dar voz a los sujetos afectados, a sus saberes y a sus experiencias que por desarrollar más y mejores estudios científicos, por evidenciar los sesgos que pueden estar teniendo algunos de ellos (sospechados de haber sido producidos bajo *lobby* empresarial) o por exigir más y mejores informaciones estadísticas estatales sobre estos problemas.[27] Bajo estas posturas, suele prevalecer una gran desconfianza respecto a la importancia que posee el desarrollo de investigaciones científicas (o, inclusive, los buenos estudios de impacto ambiental), entendiendo a las mismas como producto del pensamiento "moderno" y, por lo tanto, puramente funcionales al capitalismo. Son frecuentes, en este sentido, los reclamos nunca del todo bien precisados de "hacer ciencia de otro modo", o las impugnaciones a las operaciones intelectuales de clasificación, jerarquización causal o definición conceptual. Ante esto, hay que tener en claro que los opositores al actual sistema social no poseemos metodologías científicas diferentes a las usuales (si alguien cree tenerla, que la presente para su discusión). Podemos proponer otras clasificaciones, otras jerarquías causales (que nada tienen que ver con las jerarquías sociales), otras definiciones: pero no podemos dejar de definir, clasificar y jerarquizar (como reclama la tradición romántica) sin dejar, al mismo tiempo, de pensar.

Para contrarrestar esta clase de posicionamientos, tal vez convenga recordar las palabras de Manuel Sacristán, filósofo marxista que, entre otras muchas cosas, se involucró de manera temprana (ya en la década de 1970) en el activismo ecológico:

> Lo inquietante, lo problemático de la ciencia es *precisamente su bondad epistemológica*. (…) Lo que hace problemático lo que hacen hoy los físicos es la calidad epistemológica de lo que hacen. Si los físicos atómicos se hubieran equivocado todos, si fueran unos ideólogos pervertidos que no supieran pensar bien, no tendríamos hoy la preocupación que tenemos con la energía nuclear. Si los genetistas hubieran estado dando palos de ciego, si hubieran estado obnubilados por prejuicios ideológicos, no estarían haciendo hoy las barbaridades de la ingeniería genética.[28]

Reconocer la "bondad" epistemológica de la ciencia es reconocer su capacidad estrictamente cognitiva, de la que se deriva su potencia para intervenir en la realidad y plantearnos, por lo tanto, la necesidad de apropiarnos de ella también para nuestros propios fines. Es también desarrollar la capacidad de advertir que las interferencias ideológicas o políticas (que pueden llevar a los investigadores a ignorar hechos ya establecidos, tergiversar documentación o informes de laboratorio, inventar acontecimientos sobre los que no existen pruebas, desconocer teorías científicas sobre su propio campo o formular afirmaciones contradictorias) suponen que se está haciendo ciencia de mala calidad: y que esa advertencia vale para evaluar tanto los estudios impulsados por quienes poseen nuestras mismas afinidades ideológicas como por quienes poseen las afinidades ideológicas contrarias. En esa intencionalidad, en esa búsqueda de objetividad como horizonte regulativo se cifra, para nosotros, una herencia ilustrada que el marxismo está llamado a reivindicar.

Reflexiones finales

Las consecuencias sociales y políticas probables de un determinado conocimiento, al igual que los usos posibles de una tecnología, deben someterse a un examen crítico minucioso. Pero el conocimiento fidedigno, en tanto que conocimiento, no puede ser rechazado por un uso eventualmente condenable que se haga de él, de la misma manera que una máquina de hilar no puede ser rechazada, en tanto máquina, por el hecho de que en el marco de relaciones capitalistas de producción la misma pueda ser empleada para dejar sin empleo a los trabajadores: con otras relaciones de producción la misma máquina podría servir para que toda la población disponga de más tiempo libre.

Reconocer lo afirmado en el párrafo anterior no supone ninguna ingenua creencia en una ilimitada neutralidad ni de la ciencia ni de la tecnología. Las aplicaciones tecnológicas de un conocimiento científico determinado pueden variar, y mucho;

27 Ya conocemos varios casos, de hecho, de biólogos o biólogas que, asumiendo que la biología es *tout court* parte de la "ciencia occidental" de la que habría que desprenderse, asumen muy poco críticamente los postulados filosóficos del posestructuralismo, y más recientemente del llamado "giro ontológico", para culminar dejando de hacer propiamente investigaciones biológicas empíricas, que son reemplazadas por textos básicamente especulativos, por lo general de dudosa calidad filosófica y literaria (debido a la falta de formación en estos campos). Para una crítica del "giro ontológico", véase Carlos Reynoso, **(Re)lectura crítica de la antropología perspectivista y de los giros ontológicos en la ciencia pos-social**, Universidad de Buenos Aires, (tercera versión), 11 de octubre de 2021.

28 Manuel Sacristán, "Reflexión sobre una política socialista de la ciencia", en Ariel Petruccelli y Salvador López Arnal, **Antología (esencial) de Manuel Sacristán Luzón**, Buenos Aires, Marat, 2021.

como pueden variar los usos específicos de una determinada tecnología. Pero esta variedad no es ilimitada, evidentemente. Un fusil se puede emplear para atacar o defender el orden establecido, pero no se lo puede utilizar adecuadamente para escribir una novela o contemplar las estrellas.

Ahora bien, en términos *prácticos*, en *capacidad de predicción* y de *intervención* (intervención no es sinónimo de dominio) sobre la naturaleza y sobre la sociedad, ni la filosofía sistemática, ni la metafísica, ni la religión y menos la magia o la superstición pueden competir con la ciencia. Como discurso ideológico destinado a defender o atacar a un orden social, la ciencia no es mejor (y puede ser peor) que la religión, la filosofía o la mitología. Pero como instrumento cognitivo de la realidad capaz de traducirse en acción práctica sobre la misma es infinitamente superior.

Cualquier científico, por supuesto, puede defender los valores, las creencias, las perspectivas ideológicas o las opciones políticas que desee, a condición de que muestre a sus opciones y preferencias como lo que son: esto es, elecciones sobre las que cabe argumentar racionalmente, acaso con pasión emocional, pero sin mucha firmeza teórica. Lo científicamente ilegítimo es presentar estas preferencias como deducciones teóricas que se puedan "probar", "demostrar" o deducir en un sentido fuerte.

Dado que ningún ser humano puede verlo ni entenderlo todo, es imposible escapar a los sesgos. Lo que es "miradas sesgadas", las tenemos todos. Pero habría que distinguir los sesgos conscientes de los inconscientes. Y hay sesgos epistemológicamente más justificables y menos justificables. Los sesgos asociados a un marco teórico tienen más justificación epistémica que los sesgos asociados a creencias religiosas, ideológicas o políticas.

Por último, no habría que confundir la deshonestidad intelectual con los sesgos, muchas veces inconscientes, que toda persona que se dedique a la investigación tendrá necesariamente. Puesto que es humanamente imposible verlo y conocerlo todo, cualquier mirada humana, por rigurosa, autoconsciente y crítica que sea sólo tendrá una captación y una intelección parciales. Pero se puede tener un moderado optimismo en que la labor comunitaria y cooperativa de la ciencia, a la larga, eliminará los errores (al menos buena parte), conjugará los conocimientos parciales y habilitará nuevas posibilidades teóricas por medio de la crítica rigurosa y sistemática del saber recibido.

La reflexividad marxista ilustrada que aquí hemos tratado de exponer y defender asume la doble necesidad de desarrollar conocimientos rigurosos y defender valores sociales y políticos, pero sin confundir arbitrariamente una cosa con la otra. La tarea de articulación (que defendemos), requiere reconocer diferencias y especificidades. Se puede luchar, a la vez, por la ciencia y por la utopía. Lo que no deberíamos hacer es mezclarlas a tontas y a locas.

Referencias bibliográficas

Althusser, Louis, **La revolución teórica de Marx**, México, Siglo XXI, 1967.

Althusser, Louis y Étienne Balibar, **Para leer El Capital**, México, Siglo XXI, 2004.

Bunge, Mario, **La investigación científica**, Barcelona, Ariel, 1976.

Chalmers, Alan, **¿Qué es esa cosa llamada ciencia?**, México, Siglo XXI, 1987.

Chomsky, Noam, "Racionalidad/ciencia", en **Z Papers. Special Issue**, 1995. Disponible en https://chomsky.info/1995__02/

Dal Maso, Juan, **Marxismo y dialéctica. Apuntes y reflexiones**, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2026.

Eagleton, Terry, **Ideology. An Introduction**, Londres, Verso, 1991.

Gómez, Ricardo J., **La dimensión valorativa de las ciencias. Hacia una filosofía política**, Quilmes, UNQ Ediciones, 2014.

Hempel, Carl, **La explicación científica**, Buenos Aires, Paidós, 1972.

Hobsbawm, Eric, "Partidismo", en Eric Hobsbawm, **Sobre la historia**, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 133-147.

Horkheimer, Max, **Crítica de la razón instrumental**, Buenos Aires, Editorial Sur, 1973.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno, **Dialéctica de la Ilustración**, Madrid, Ediciones Akal, 2007.

Marx, Karl, **Teorías sobre la plusvalía**, **Vol. II**, México, FCE, 1959.

Meiksins Wood, Ellen, "Capitalism or enlightenment?", en **History of Political Thought**, Vol. 21, n° 3, 2000, pp. 405-426.

Merton, Robert, "Science and Technology in a Democratic Order", en **Journal of Legal and Political Sociology**, Philosophical Library, Vol 1, n° 1/2, 1942, pp. 115-126.

Neiman, Susan, **Izquierda no es woke**, Madrid, Debate, 2024.

Neurath, Otto, "Ciencia unificada y empirismo lógico: una réplica [a Max Horkheimer] (1937)", en **Encrucijadas**, Vol. 20, 2020. Disponible en https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/87068/63669

Newton-Smith, William, **La racionalidad de la ciencia**, Buenos Aires, Paidós, 1987.

Pereyra, Carlos, **El sujeto de la historia**, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

Petruccelli, Ariel, **El marxismo en la encrucijada**, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

—, **Ciencia y utopía en Marx y en la tradición marxista**, Buenos Aires, Herramienta Ediciones, 2016.

Popper, Karl, **Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del pensamiento científico**, Barcelona, Paidós, 1991.

Ricoeur, Paul, **Ideología y utopía**, Barcelona, Gedisa, 1996.

Russell, Bertrand, **El conocimiento humano**, Madrid, Taurus, 1977.

Sacristán, Manuel, "Reflexión sobre una política socialista de la ciencia", en Ariel Petruccelli y Salvador López Arnal, **Antología (esencial) de Manuel Sacristán Luzón**, Buenos Aires, Marat, 2021.

—, "Karl Marx como sociólogo de la ciencia", en Albert Domingo Curto (ed.), **Manuel Sacristán. Lecturas de filosofía moderna y contemporánea**, Madrid, Trotta, 2007.

—, "Sobre el uso de las nociones de Razón e irracionalismo en G. Lukács", en Manuel Sacristán, **Sobre Marx y Marxismo. Panfletos y materiales. Tomo 1**, Barcelona, Icaria, 1983, pp. 85-114.

Safatle, Vladimir, "O grande FMI universitario. Como o colonialismo domina os estudos decoloniais", en **Revista**

Ariel Germán Petruccelli y Lucía Caisso, "Ciencia, ideología y marxismo ilustrado", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 161-170. [Artículo evaluado por pares]. DOI: https://doi.org/10.47195/PM26.1018

Piauí, n° 232, 2026. Disponible en https://piaui.uol.com.br/web/estudos-decoloniais-safatle/

Resumen
El artículo analiza la relación entre ciencia e ideología desde una perspectiva marxista ilustrada. Comienza por definir al conocimiento científico y sus posibles vinculaciones y discontinuidades respecto de los discursos ideológicos y metafísicos. Desde allí busca tomar distancia de las perspectivas teóricas posmodernas que ven a todo fenómeno social (y en especial a las prácticas científicas) como expresiones saturadas de ideología. Luego se recupera el legado ilustrado y su valoración del conocimiento científico, reivindicando que el mismo no debe ser homologado con el sistema capitalista. Por el contrario, dicha recuperación puede ser realizada en el marco de un enfoque marxista que valore a la ciencia y persiga la objetividad, aunque sin caer en reduccionismos cientificistas. El potencial epistémico del conocimiento científico es el instrumento más eficaz para explicar el mundo, lo que lo convierte en una pieza clave para su transformación y para cualquier proyecto de emancipación humana.

Palabras clave: ciencia; ideología; marxismo; Ilustración; posmodernismo

Science, Ideology, and Enlightened Marxism

Abstract
The article analyzes the relationship between science and ideology from an enlightened Marxist perspective. It begins by defining scientific knowledge and its potential connections and discontinuities with respect to ideological and metaphysical discourses. From there, it seeks to distance itself from postmodern theoretical perspectives that view all social phenomena (and especially scientific practices) as expressions saturated with ideology. It then revisits the Enlightenment legacy and its appreciation of scientific knowledge, arguing that it should not be equated with the capitalist system. On the contrary, this revival can be carried out within the framework of a Marxist approach that values science and pursues objectivity, though without falling into scientistic reductionism. The epistemic potential of scientific knowledge is the most effective tool for explaining the world, making it a key element for its transformation and for any project of human emancipation.

Keywords: science; ideology; Marxism; Enlightenment; postmodernism